

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

Imprimir

«La izquierda», en singular, es una expresión simplificada de la diversidad de los movimientos de izquierda¹.

Aclaración

Por «la izquierda» me refiero a toda resistencia colectiva organizada contra la injusticia social, la desigualdad y la discriminación causadas por las principales formas de dominación de la era moderna: el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. La resistencia solo es «de izquierda» cuando es a la vez anticapitalista, antirracista y antisexista. Esto no excluye la posibilidad de que, dependiendo de los contextos y las circunstancias, un eje de resistencia concreto pueda ser más urgente que los demás, o que incluso pueda haber otros ejes de resistencia igualmente urgentes. En la India, además, la izquierda será anticastista. En todas las regiones del mundo, también será antifundamentalista, anti-ageista (discriminación contra las personas mayores) y anti-ableista (discriminación contra las personas con discapacidad).

La «izquierda» es solo uno de los posibles nombres de la resistencia. Es el nombre más común en el mundo político y cultural eurocéntrico —principalmente en Europa, en las «Europas fuera de lugar» (las Américas, Australia y Nueva Zelanda) y en otras regiones del mundo donde la cultura política eurocéntrica ha echado raíces más profundas. En otros contextos políticos y culturales, la resistencia contra la desigualdad y la discriminación puede tener otros nombres. Esto significa que, cuando lanzo el llamamiento «¡Izquierdistas del mundo, uníos!», estoy haciendo un llamamiento que implica la necesidad de una traducción intercultural entre las diversas prácticas y culturas de resistencia contra la desigualdad y la discriminación modernas, sea cual sea su denominación.

Dado que las diferentes clases sociales, pueblos o grupos sociales sufren distintas injusticias y las experimentan de manera distinta, la resistencia contra la injusticia adopta diversas formas e intensidades. Por lo tanto, incluso dentro de una misma cultura, las prácticas de resistencia son diversas y, en consecuencia, también lo son las distintas izquierdas.

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

El dilema al que se enfrentan los movimientos de izquierda modernos es que, al ser pluralistas, nunca pueden mostrarse antagónicos entre sí porque, si lo hicieran, cometerían un suicidio —y su suicidio— siempre significa más desigualdad social y más discriminación social. Cuando las dictaduras o las «dictamoles» (regímenes políticos en los que coexisten elementos de democracia con elementos de dictadura) reprimen las políticas y a los activistas de izquierda, se trata casi siempre de actos de misericordia hacia movimientos de izquierda que se han estado autodestruyendo, a través de luchas internas fratricidas. Antes de que Hitler llegara al poder, los socialistas consideraban a los comunistas como sus principales enemigos y, a la inversa, los comunistas consideraban a los socialistas como sus principales enemigos. Una vez en el poder, Hitler no vio ninguna diferencia entre ellos; prohibió a ambos y ordenó el asesinato de numerosos activistas de ambos partidos.

La izquierda y los monstruos

En un artículo reciente, sostuve que existe una tendencia global hacia la absorción de la derecha tradicional por parte de la extrema derecha, y me pregunté qué significa esto para la izquierda². Sugerí que, al igual que en la derecha, también debemos distinguir entre la izquierda tradicional (la denominada moderada, liberal, socialdemócrata) y la extrema izquierda (la denominada revolucionaria, comunista, anarquista) . Me gustaría reiterar que por «extrema izquierda» me refiero a toda resistencia contra la tríada del capitalismo, el colonialismo y el patriarcado que no acepta la democracia liberal como instrumento de resistencia, basándose en que este tipo de democracia es la que legitima y sustenta la continuidad de la tríada.

A la luz de la forma de pensar lineal y moderna dominante, el razonamiento obvio es el siguiente: si la derecha tradicional está desapareciendo, lo mismo le está ocurriendo a la izquierda tradicional. Por lo tanto, la opción política fundamental en un futuro próximo se dará entre la extrema izquierda y la extrema derecha. Y si ese es el caso, la situación resulta trágica para la izquierda actual porque, mientras que la extrema derecha está cada vez más presente y cada vez más agresiva, la extrema izquierda, o bien no existe o bien opera en los márgenes más remotos de los procesos políticos y moviliza a muy pocos seguidores.

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

No es tan sencillo

En el interregno gramsciano en el que nos encontramos, la vieja democracia liberal está agonizando, pero aún no ha muerto del todo, y lo que le sucederá aún no ha surgido por completo. Nos encontramos, por tanto, en un momento en el que abundan los fenómenos mórbidos —por no decir auténticos monstruos—. Gabriel García Márquez escribió una vez sobre Colombia que *«esta encrucijada de destinos ha construido una patria densa e indescifrable donde lo inverosímil es la única medida de la realidad»*. Creo que esta caracterización de Colombia se aplica hoy al mundo entero.

Veamos algunos monstruos contemporáneos

1. La «mayor democracia del mundo» (Estados Unidos) promueve sistemáticamente golpes de Estado, tanto «blandos» como «duros», contra países con gobiernos, elegidos democráticamente, y apoya activamente a políticos de extrema derecha y sus tácticas antidemocráticas (mentiras, fake news, manipulación digital de la opinión pública en las redes sociales, violencia física y linchamiento mediático contra políticos de izquierda e intelectuales críticos).
2. Se están librando dos carreras en paralelo para destruir los valores democráticos que dicen defender. La carrera armamentística para prepararse para una nueva guerra mundial, en nombre de la defensa de la paz mundial que los ciudadanos no ven amenazada por ningún país hostil, ya sea Rusia o China. La carrera por manipular la opinión pública y silenciar las voces disidentes en nombre de la libertad de expresión.
3. Quienes abogan por la guerra nunca se imaginan morir en ella. La guerra es siempre la muerte de los demás. «Nuestros soldados» son algo que tenemos, no algo que somos.
4. Los políticos de extrema derecha se aferran a la bandera nacional y convencen a millones de ciudadanos de que son los verdaderos defensores de la patria, al tiempo que piden abiertamente a países extranjeros que intervengan en los asuntos internos de su nación soberana.
5. El uso político de la religión —especialmente del evangelismo neopentecostal— legitima la concentración de la riqueza y, con ello, el aumento de la pobreza, al tiempo que consuela a

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

los pobres con la idea de que su riqueza reside en la salvación tras la muerte. Se defiende la pobreza, pero no a los pobres, y su resignación se garantiza con la riqueza que se les reserva tras la muerte.

6. La extrema derecha explota el espacio que le brinda una democracia liberal moribunda para normalizar el fascismo. Por un lado, resta importancia a los crímenes fascistas del pasado; por otro, inculca la idea de que es posible un fascismo «con rostro humano».
7. A lo largo de décadas, se ha ido forjando un fuerte movimiento ecologista mundial. El inminente colapso ecológico ha hecho que este movimiento sea irreversible y ha aumentado su fuerza. De repente, han surgido la «amenaza inminente para la paz mundial» y «necesidad urgente de que los países se preparen para la guerra». La guerra en Oriente Medio, el secuestro del presidente Nicolás Maduro y el asesinato del líder supremo de Irán sacaron a la luz la madre de todas las luchas capitalistas: la lucha por el libre acceso (a bajo precio, expropiado o robado) a los recursos naturales. El petróleo y sus derivados quedaron momentáneamente atrapados en el estrecho de Ormuz y, en pocas semanas, la economía mundial amenazó con colapsar. La economía de los combustibles fósiles demostró, al fin y al cabo, ser el fundamento del capitalismo. El movimiento ecologista se desvaneció y quedó relegado al museo de antigüedades de la resistencia.
8. El Estado genocida de Israel reduce países a escombros y a pueblos a fosas comunes, comete todo tipo de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, declara persona non grata al Secretario General de la ONU... y no pasa nada.
9. Los países periféricos y semiperiféricos del sistema mundial moderno tienen dos constituciones políticas: una nacional y otra global. Por esta razón, son constitucionalmente una monstruosidad: cuentan con tres órganos de soberanía (los poderes legislativo, ejecutivo y judicial) y tres órganos de des-soberanía (el capital financiero global, los medios de comunicación corporativos globales y la injerencia directa de potencias extranjeras). La lista de monstruos dista mucho de estar completa. Pero me detendré aquí. A principios del siglo XX, Rosa Luxemburg planteó la disyuntiva: «¡Socialismo o barbarie!». A principios del siglo XXI, podemos concluir que, si esta dicotomía sigue siendo válida, la barbarie ha ganado.

La izquierda en tiempos de monstruos

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

En este interregno, la democracia liberal está muriendo, y su agonía no se debe a la mediocridad de los políticos, a la corrupción sistémica, a la oligarquización de los partidos ni a los nuevos macartismos que fomentan la censura y la autocensura. Sin duda, estos factores contribuyen a la agonía de la democracia liberal y son sus principales síntomas.

Pero la causa principal de la agonía de la democracia liberal es el fin de la mínima redistribución de la riqueza que permitía, en muchos países, y en consecuencia, el fin de las clases medias que la sostenían.

Fue en nombre de la posibilidad de una cierta redistribución de la riqueza producida y de que una parte, grande o pequeña, de las clases trabajadoras ascendiera a la clase media que la izquierda revolucionaria abandonó su proyecto original y decidió competir en el ámbito de la democracia liberal con el objetivo de ampliar la redistribución de la riqueza y, con ello, engrosar las clases medias. Por «clase media» me refiero al grupo de trabajadores que han alcanzado un nivel mínimo de estabilidad que les permite planificar sus vidas y las de sus familias (comprar una vivienda con una hipoteca, evitar que sus hijos tengan que contribuir prematuramente al sustento familiar, brindarles la oportunidad de acceder a la educación —idealmente a la educación superior—, planificar vacaciones; en resumen, vivir en paz y con dignidad).

Las clases medias se construyeron gracias a la consecución de los derechos de los trabajadores; las políticas sociales, la educación pública, la sanidad pública, el sistema público de pensiones, la fiscalidad progresiva, la nacionalización de sectores estratégicos, etcétera. La contradicción inherente a estas concesiones —que el capitalismo se vio obligado a hacer como resultado de las luchas sociales— terminó socavando la posibilidad de cualquier forma de socialismo democrático.

Si tenemos en cuenta que el proyecto socialista original consiste en la superación del capitalismo, las clases medias son intrínsecamente antisocialistas. Esperan que la democracia liberal garantice sus expectativas moderadas y temen tenerlo todo que perder si la democracia liberal capitalista es sustituida por otra alternativa política. El mayor temor de

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

las clases medias es la caída repentina en la pobreza. Para los trabajadores que no han ascendido a la clase media, ese temor siempre ha sido su forma de vida.

Da la casualidad de que el capitalismo neoliberal es totalmente hostil hacia las clases medias. Por decirlo de forma sencilla —pero no simplista—, el neoliberalismo es un gigantesco mecanismo para transferir riqueza de los trabajadores, las clases obreras y las clases medias a las clases altas; es decir, a los sectores más intensamente extractivistas de la burguesía (el capital financiero y el capital digital). A medida que el neoliberalismo se ha afianzado, la democracia liberal se ha transformado en su opuesto —la democracia neoliberal— sin cambiar de nombre.

A largo plazo, esta democracia reducirá al mínimo a las clases medias y, en consecuencia, su poder político. A su vez, los trabajadores que nunca han ascendido a la clase media perderán definitivamente la esperanza de que tal ascenso llegue a producirse alguna vez a través de la democracia liberal. La principal fuente del crecimiento de la extrema derecha radica en explotar el potencial de revuelta social que esta perspectiva provocará. El objetivo no es tanto combatir la revuelta como impedir que se produzca sin que se satisfagan sus reivindicaciones. El capital digital (inteligencia artificial, redes sociales, capitalismo de vigilancia) está totalmente orientado hacia este objetivo.

Consciente de que hoy en día sería difícil hacerse con el poder mediante un golpe de Estado, la extrema derecha se ve obligada a utilizar la democracia para llegar al poder. Una vez en el poder, no tiene la más mínima intención de ejercerlo democráticamente

La extrema derecha es la forma política del capitalismo neoliberal. Su objetivo central es impedir cualquier posible retorno de la socialdemocracia. Por eso los partidos de extrema derecha están financiados por las formas más explotadoras del capital, que se alimentan de la riqueza ajena. No es de extrañar que las campañas electorales de los partidos de extrema derecha sean, en general, las mejor financiadas.

¿Cómo podemos explicar, entonces, el crecimiento de la extrema derecha impulsado por los

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

votos de las clases medias más precarias y de los trabajadores sin esperanza?

Una de las razones radica en el éxito de la extrema derecha, a la hora de desviar la revuelta contra los de arriba (los que la financian) hacia una revuelta contra los de abajo (los que la votan). La estrategia consistió en sustituir con éxito la política del bienestar por la política del malestar. La política del bienestar consistía en la promesa de mejores políticas sociales — que constituían la base de lo que, con cierta exageración, se denominaba el Estado del bienestar. Fueron estas políticas las que generaron expectativas crecientes en una gran parte de la población (una parte mayor o menor, dependiendo de la posición del país en el sistema global): «Las cosas van bien, pero podrían ir mejor». En resumen, más esperanza y menos miedo.

Por el contrario, la política del malestar consiste en prometer seguridad física frente a las amenazas procedentes de abajo —de los inmigrantes, los romaníes, los terroristas y todos los seres humanos clasificados mediante etiquetas raciales o étnicas—. De ahí la «necesidad» de reforzar las fuerzas policiales y los sistemas de vigilancia, de modificar las leyes de nacionalidad e incluso de abordar la crisis crónica de los servicios obstétricos —una situación que, a primera vista, resulta inexplicable, al menos en Europa, donde una población que envejece se queja de la falta de jóvenes: por ejemplo, en 2025, en Portugal, el 28 % de las mujeres que dieron a luz eran extranjeras, la inmensa mayoría de las cuales eran inmigrantes.

A través de este mecanismo, la revuelta de las víctimas se desvía de los verdaderos agresores hacia otras víctimas: víctima contra víctima —una estrategia que resulta aún más viable por el hecho de que, en términos de percepción social, siempre hay alguien por debajo de nosotros, por muy bajos que estemos. Así, los que están en la cima quedan eximidos de toda responsabilidad y se gestionan las expectativas a la baja: «las cosas están mal, pero podrían estar peor». Mucho miedo y poca esperanza.

Tras períodos en los que el bienestar material de la mayoría ha mejorado —por leves que hayan sido esas mejoras—, la gestión de las expectativas a la baja resulta más convincente

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

si se desacredita el marco institucional anterior y se ofrece una alternativa radical: el antisistema. En términos de propaganda, esto equivale a una guerra sin cuartel contra la corrupción, el despilfarro y la inseguridad. En realidad, se trata de consolidar el mismo sistema que genera corrupción, despilfarro e inseguridad.

Esto da lugar a dos monstruosidades democráticas: las mayorías votan a favor de las políticas que más les perjudicarán; los principales financiadores de la política antisistema son los más estrechamente vinculados a ese sistema y quienes más se benefician de la eliminación de las fuerzas *verdaderamente* antisistema que podrían, *verdaderamente*, amenazarlos.

Todo esto es posible por las tres razones que he mencionado y por una mega-razón. Las tres razones son: la financiación ilimitada y opaca de los partidos políticos, que ha dado lugar a la fusión del ámbito de los valores ético-políticos con el de los valores económicos; la digitalización de la propaganda en las redes sociales, que se ha convertido en un arma de destrucción masiva contra una opinión pública bien informada; y la represión de la disidencia que va más allá de las libertades autorizadas.

La mega-razón es el creciente predominio del capitalismo digital y la ideología de que este anuncia el verdadero fin de la historia. El capitalismo no ha desaparecido para dar paso al tecnofeudalismo, como propone Yanis Varoufakis, sino que ha cambiado profundamente con la llegada de la inteligencia artificial. Podemos, con cierta cautela, situar el inicio del neoliberalismo en acción en dos momentos y en dos contextos: bajo una dictadura, en Chile en 1973 tras el golpe de Estado contra el presidente Salvador Allende; y en una democracia, con la brutal represión del movimiento obrero a principios de la década de 1980 en el Reino Unido bajo el mandato de Margaret Thatcher. Actualmente estamos presenciando el punto álgido de su evolución: la mayor represión es aquella en la que la represión ya no es necesaria.

Si la revuelta siempre ha sido impulsada por las clases trabajadoras, ya no habrá más revueltas si la inteligencia artificial permite al capitalismo prescindir de un porcentaje

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

significativo de trabajadores humanos.

Karl Polanyi nos enseñó que el capitalismo, como vasta maquinaria para la producción de mercancías, se basaba en tres «falsas mercancías» —es decir, recursos que no se produjeron originalmente para ser vendidos en el mercado—: el trabajo, la tierra y el dinero. ¿Está el capitalismo a punto de prescindir de una de estas mercancías falsas? Se estima que en EE.UU., para 2030, la IA y la automatización eliminarán de forma permanente 10,4 millones de puestos de trabajo (el 6,1 % del total).

No abordo esta compleja cuestión en este texto. Me limito a preguntarme cuáles serán las consecuencias de esta transformación para la democracia, ya que los robots no votan (al menos, todavía no).

Partiendo de mi concepción de las epistemologías del Sur Global, ¿se desplazará la línea abysal de la era moderna —que divide a la humanidad en dos subgrupos, los plenamente humanos y los subhumanos—, ampliando así el grupo subhumano a niveles sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial y el fin del colonialismo histórico? ¿O, por el contrario, este cambio conducirá a una reducción o incluso a la eliminación del grupo subhumano? En el primer caso, la tríada capitalismo/colonialismo/patriarcado seguirá vigente. En el segundo caso, nos enfrentaremos a una transición paradigmática incompatible con la existencia de esa tríada. Durante mucho tiempo, he basado mis escasas predicciones en la apuesta de Pascal³.

Es sobre esta base que apuesto por la segunda hipótesis: un futuro poscapitalista, poscolonial y pospatriarcal. Teniendo en cuenta esta apuesta, concibo las tareas de la izquierda a corto y medio plazo. En este texto abordo el corto plazo y en el siguiente, el medio plazo. A largo plazo, como dijo John Keynes, todos estaremos muertos.

El corto plazo: la democracia liberal como ruina-semilla

A corto plazo, la izquierda tradicional es la garante de la supervivencia de la democracia liberal. Para lograrlo, debe des-tradicionalizarse. Debe hacerlo ahora o inmediatamente

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

después de las próximas elecciones. Tanto si gana como si pierde. Por supuesto, los pasos y el ritmo variarán en cada caso, pero las transformaciones avanzarán en la misma dirección.

La democracia liberal está muriendo, pero aún no ha muerto, y su supervivencia a corto plazo es esencial para que, a medio plazo, pueda surgir algo mejor —y no peor— que ella. Es en este sentido en el que concibo la democracia liberal como una ruina-semilla.

Los pasos para la izquierda se des-tradicionalizar

1. El poder y la oposición

El primer paso es partir de la premisa de que, aunque gane las elecciones, la izquierda siempre está en la oposición. El poder gubernamental hoy en día es solo un componente del poder político —y quizá ni siquiera el más importante—. Cuando la derecha gana las elecciones, ostenta el poder gubernamental, el poder mediático, el poder financiero y el poder cultural. Cuando gana la izquierda, solo ostenta el primero de ellos. En relación con todos los demás, se encuentra en la oposición y debe actuar como tal. Esta es una importante asimetría de la democracia liberal que garantiza la continuidad de la tríada de la dominación moderna.

2. Partidos, movimientos sociales y presencias colectivas en la esfera pública

La forma-partido, tal y como existe hoy en día, favorece únicamente a la derecha. Los partidos actuales son estructuras que tienden a estar dominadas por élites centralistas, autoritarias, oligárquicas —en definitiva, antidemocráticas. Fomentan la distancia, más que la cercanía, entre sus miembros o simpatizantes y sus líderes. Este modelo beneficia a la derecha porque alimenta la fusión entre el universo de los valores ético-políticos y el de los valores económicos: los líderes de los partidos pasan sin problemas de las empresas al gobierno y del gobierno a las empresas. En la era de la socialdemocracia, las cosas eran algo diferentes, precisamente en la medida en que ambos ámbitos permanecían en cierta medida separados.

Para la izquierda, este modelo de partido es un desastre porque la falta de democracia

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

interna socava o desacredita cualquier lucha por una mayor democracia en la sociedad. Por lo tanto, el primer paso para romper con la tradición es aceptar que la forma de partido, tal y como existe hoy en día, ha agotado su utilidad histórica y es un obstáculo tanto para la supervivencia de la democracia como para la supervivencia de la izquierda. Esto se aplica a todos los partidos de izquierda, ya pertenezcan a la coalición de gobierno o a la oposición.

Una profunda reforma interna se basa en la idea de que la izquierda debe practicar internamente la única forma de democracia capaz de sobrevivir algún tiempo: la integración de la democracia representativa y la democracia participativa. La izquierda seguirá teniendo líderes y programas, pero ambos surgirán de procesos de democracia participativa liderados por los miembros y simpatizantes del partido.

El partido de izquierdas del futuro es, por definición, un partido-movimiento, ya que la democracia interna que lo impulsa, combina lógicas y procedimientos representativos, con lógicas y procedimientos participativos. Esto hace que el partido esté más abierto a la colaboración con movimientos y organizaciones sociales no partidistas —una colaboración basada en la autonomía y el respeto mutuos—. Permite al partido comprender y respetar nuevas formas de protesta social que no son ni partidistas ni están organizadas por movimientos u organizaciones sociales. Se trata de presencias colectivas en la esfera pública, muchas de ellas genuinamente espontáneas y movilizadas por un acontecimiento que provoca una repulsa o indignación particulares. He escrito extensamente sobre el partido-movimiento y remito a los lectores a uno de esos textos⁴.

3. La socialdemocracia como antisistema

A corto plazo, la izquierda debe luchar como si la socialdemocracia siguiera siendo posible. La lucha es defensiva porque tiene como objetivo recuperar los derechos sociales y los instrumentos de redistribución de la riqueza que se habían conquistado anteriormente, pero que ahora se han perdido.

Consciente de que el capitalismo neoliberal movilizará todas las fuerzas internas y externas para impedir el éxito de esta lucha, la izquierda —ya sea en el Gobierno o en la oposición—

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

debe situarse inequívocamente del lado de las clases sociales que más han sufrido la erosión de los derechos y el aumento de la desigualdad social, y asumir los riesgos que ello conlleva. Es decir, la provocación deliberada de agitación social que, según la extrema derecha, solo puede controlarse mediante la represión y la deportación de inmigrantes indeseables.

En las condiciones históricas actuales, el «capitalismo con rostro humano» —tal y como la socialdemocracia hizo creer a amplias mayorías en los países centrales del sistema mundial, especialmente en Europa, y a las más o menos pequeñas clases medias de los países periféricos y semiperiféricos durante su época dorada— no es posible. La socialdemocracia, que en su día se consideró la forma más elevada de conciencia dentro del sistema democrático moderno, es vista hoy por la derecha y la extrema derecha como inviable, peligrosa, subversiva; en definitiva, antisistémica.

A corto plazo, la alternativa antisistémica con la que cuenta la izquierda postradicional para contrarrestar el antisistema protofascista de la extrema derecha es la socialdemocracia.

4. Lo institucional y lo extrainstitucional

La gestión neoliberal de las preferencias consiste en poner las instituciones al servicio de un conformismo nacido de la resignación, legitimado por la ausencia de alternativas. La inconformidad y la resistencia serán duramente reprimidas, pero, como he mencionado anteriormente, la represión se considera meramente una medida temporal. Con la inteligencia artificial a su servicio, el objetivo último es neutralizar la resistencia antes incluso de que surja.

La libertad neoliberal es libertad sin las condiciones necesarias para ser libre. En última instancia, es la libertad de ser miserable. Pero la libertad de ser miserable es la miseria de la libertad. Los grupos sociales extremadamente empobrecidos y que carecen de cualquier derecho a una protección social digna de ese nombre solo tienen dos libertades: la libertad autorizada para mendigar y depender de la filantropía social, y la libertad no autorizada para robar.

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

La necesidad de que toda la izquierda navegue entre el sistema y el antisistema implica no limitar el activismo político a la gestión de las preferencias tal y como las configura el neoliberalismo. Es necesario mantener una tensión entre la gestión de las preferencias autorizadas y la confrontación entre las preferencias autorizadas y las no autorizadas.

La izquierda en su conjunto debe actuar con un pie dentro de las instituciones y el otro fuera de ellas —en las calles y las plazas—, de forma pacífica, pero en ocasiones de manera ilegal. Debe experimentar con la creación de nuevas instituciones, aunque solo sea a nivel local. La innovación institucional a nivel local es hoy más probable, más audaz y más eficaz.

La probabilidad de que la inconformidad activa —la protesta social— sea declarada ilegal y reprimida con dureza será cada vez mayor. La inteligencia natural de los activistas de izquierda debe prevalecer sobre la inteligencia artificial de Palantir y compañía, que tratarán de neutralizarlos, silenciarlos y, en casos extremos, eliminarlos.

5. La ciudadanía como mercancía y el trabajo como actividad humana

Históricamente, el trabajo organizado en sindicatos fue el camino para construir una ciudadanía con derechos para los amplios segmentos de la población que no poseían más que su fuerza de trabajo.

El sueño de Silicon Valley y la pesadilla de las clases trabajadoras (trabajadores y clases medias) de todo el mundo es que la inteligencia artificial elimine el trabajo humano en la mayor medida posible y, en consecuencia, el trabajo con derechos que las luchas sociales de los últimos 150 años han hecho posible. Los robots y los algoritmos no reclaman derechos ni necesitan vacaciones (a menos que la IA los programe para ello).

No está claro hasta dónde nos llevará el frenesí en torno a la IA: si al fin del trabajo con derechos, al fin de la humanidad tal y como la conocemos, a la paz eterna o al apocalipsis. Solo hay una cosa segura: la IA pretende, a la larga, eliminar el concepto mismo de ciudadanía que subyace a la idea de la democracia como soberanía popular.

Destradicionalizar la izquierda significa luchar por que la ciudadanía con derechos prevalezca

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

sobre la posibilidad de que, en el futuro, cualquier trabajo asalariado que siga siendo necesario se asemeje al trabajo esclavo; es decir, que este tipo de trabajo sea la norma y no la excepción, como ocurre hoy en día. A corto plazo, la izquierda debe frenar el abrumador auge de la inteligencia artificial regulándola —tanto a nivel nacional como global— y promoviendo zonas libres del extractivismo digital, así como formas de convivencia presencial y de trabajo no remunerado como ejercicios de ciudadanía.

6. El grado cero de la reforma política

De todo lo que analizo en este texto se desprende que se necesita urgentemente una profunda reforma política de los regímenes democráticos. El horizonte de esta reforma es una sociedad poscapitalista, poscolonial y pospatriarcal.

La democracia que más nos acerque a este horizonte será, sin duda, muy diferente de la democracia de baja intensidad que prevalece hoy en día —una democracia que, aun así, está en peligro porque no logra defenderse de los fascistas al permitir que estos sean elegidos democráticamente.

Se trata de una tarea que debe llevarse a cabo a medio plazo. Pero hay un aspecto de esta reforma que, dada su urgencia, debe abordarse a corto plazo: la financiación de los partidos. Si se sigue permitiendo la financiación de los partidos sin límites ni transparencia, la izquierda ni siquiera dispondrá de un “a medio plazo” para imaginar la sociedad del futuro y luchar por ella.

Conclusión

A corto plazo, des-tradicionalizar la izquierda (todo el espectro de movimientos de izquierda) significa hacerla capaz —ya sea en el Gobierno o en la oposición— de garantizar que la democracia prevalezca y no se limite a sobrevivir. En última instancia, se trata de democratizar la propia democracia para permitir un medio plazo democrático. A medio plazo, la sociedad democrática será poscapitalista, poscolonial y pospatriarcal. Este medio plazo debe concebirse y prepararse a corto plazo. Ese es el tema del próximo texto.

La izquierda resurgirá. El por qué la supervivencia de la democracia depende de que la izquierda se reinvente

Notas

¹ A lo largo de los últimos treinta años, he escrito numerosos artículos sobre la izquierda, abordando temas tan diversos como la izquierda y el capitalismo, el futuro de la izquierda, la renovación de la izquierda, la unidad de la izquierda, la relación entre los partidos de izquierda y los movimientos sociales, la transformación de los partidos de izquierda en partidos basados en movimientos, etcétera. Artículos con títulos como «Cartas a la izquierda» y «¡Izquierdistas del mundo, uníos!» han tenido una amplia difusión. Entre otros: Izquierdas. Antología. Esquerdas do mundo uni-vos!.

O Estado heterogéneo e o pluralismo jurídico em Moçambique.

² La derecha está desapareciendo, Meer.

³ Boaventura de Sousa Santos, «Filosofía en venta, ignorancia erudita y la apuesta de Pascal». *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 80 (marzo de 2008), pp. 11-43.

⁴ «Quince tesis sobre el partido-movimiento», Tlatelolco, 21 de junio de 20

Boaventura De Sousa Santos, Boaventura de Sousa Santos es una referencia mundial en el campo de la ciencia social. Ha escrito y publicado exhaustivamente en las áreas de sociología del derecho, sociología política, epistemología, estudios poscoloniales, movimientos sociales, globalización, democracia participativa, reforma del Estado y derechos humanos.

Foto: Cortejo fúnebre de los abogados de Atocha. La matanza de Atocha, 24 de enero de 1977, fue un atentado terrorista perpetrado por pistoleros de extrema derecha en un despacho de abogados laboristas vinculado al Partido Comunista de España y al sindicato Comisiones Obreras, situado en el número 55 de la calle Atocha en Madrid, España